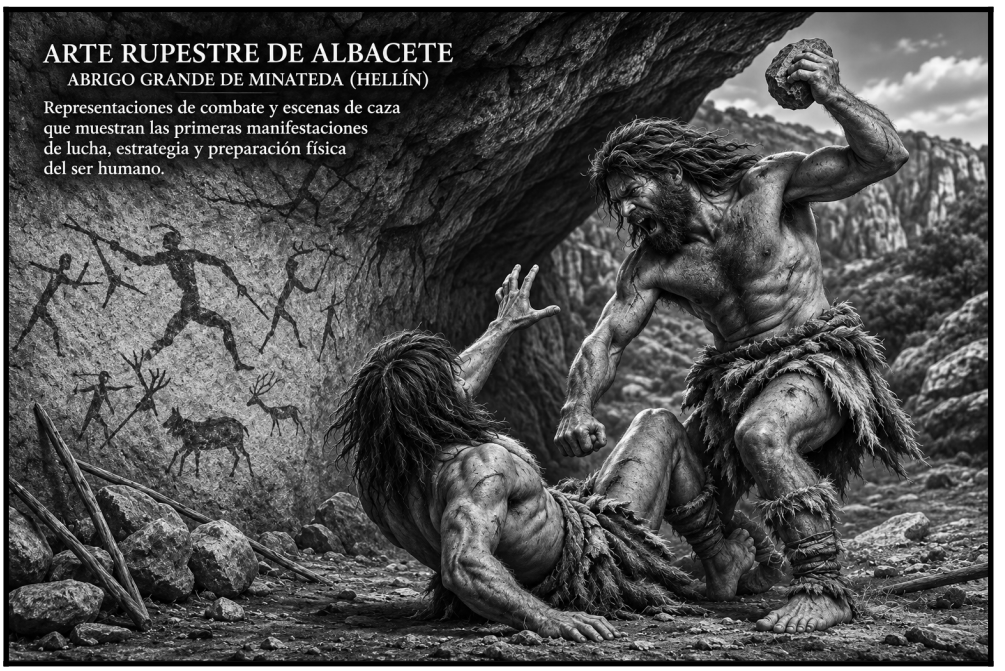
Las representaciones más antiguas relacionadas con el enfrentamiento entre seres humanos se encuentran ya en distintas manifestaciones del arte rupestre prehistórico. En el Levante español se conservan numerosas escenas con figuras humanas armadas, algunas de ellas interpretadas como representaciones de enfrentamientos, emboscadas o conflictos entre grupos. La Cueva de la Vieja, en Alpera (Albacete), constituye uno de los ejemplos más destacados y conserva pinturas levantinas atribuidas a los últimos cazadores-recolectores del Epipaleolítico, con una cronología aproximada de entre 10 000 y 6000 a. C. En otros yacimientos del área mediterránea peninsular también se han identificado escenas de violencia y enfrentamiento, aunque su interpretación concreta no siempre puede establecerse con absoluta seguridad. Estas representaciones no permiten reconstruir sistemas de lucha organizados en el sentido moderno, pero sí constituyen testimonios importantes de la existencia de conflictos, actividades cinegéticas y formas de interacción física dentro de aquellas sociedades.




Arte rupestre de Albacete. Ilustración aportada por el autor.

La caza desempeñó también un papel fundamental en la preparación física de las sociedades prehistóricas. La necesidad de desplazarse por terrenos diversos, seguir rastros, observar el entorno, lanzar armas a distancia y coordinar los movimientos del cuerpo exigía

capacidades como la resistencia, la precisión, la velocidad de reacción y la percepción espacial. Estas habilidades no pueden considerarse por sí mismas el origen de los sistemas de combate, pero formaban parte de un conjunto de experiencias que preparaban al individuo para afrontar situaciones de esfuerzo, riesgo y supervivencia. Con el tiempo, algunas de estas capacidades pudieron encontrar aplicación en otras actividades físicas y formas de enfrentamiento, aunque no podamos establecer una línea directa entre la actividad cinegética y el nacimiento de los sistemas organizados de lucha.

La acumulación de experiencias relacionadas con la caza, la defensa y el enfrentamiento fue generando conocimientos prácticos que podían transmitirse dentro de cada comunidad. El aprendizaje de ciertas habilidades, el dominio de las armas y la adaptación a distintas situaciones exigían observación, práctica y repetición. No podemos hablar todavía de escuelas o sistemas de combate codificados en el sentido que estos términos adquirirían en épocas históricas posteriores, pero sí reconocer procesos de aprendizaje y transmisión cultural que permitieron conservar y perfeccionar conocimientos relacionados con el uso del cuerpo, las armas y las estrategias de supervivencia. La investigación arqueológica y antropológica muestra que estas formas de transmisión desempeñaron un papel importante en la evolución de las tecnologías y de las prácticas de los grupos humanos.

Personalmente, siempre me ha parecido significativo que la historia de las artes de combate comience mucho antes de la aparición de las grandes civilizaciones.

Con frecuencia asociamos las artes marciales a templos, maestros o estilos perfectamente definidos, pero esas formas organizadas de combate aparecieron mucho más tarde que las primeras experiencias humanas de enfrentamiento y preparación física. Antes de que existieran el karate, las diferentes tradiciones del *kung fu*, el *jujutsu* o cualquier otra escuela histórica, ya encontramos en numerosas sociedades prácticas relacionadas con la defensa, la caza, la guerra y el entrenamiento corporal. Sin embargo, cada una de estas tradiciones siguió posteriormente su propio proceso de desarrollo y no podemos establecer una única línea de evolución que las conecte entre sí. El elemento común es la necesidad de desarrollar conocimientos sobre el cuerpo, el movimiento y el enfrentamiento. Cada cultura respondió a